

Stephen Clarkson

La intelligentsia satélite: Los intelectuales canadienses frente a los Estados Unidos

STEPHEN CLARKSON es Profesor Asociado en el Departamento de Economía Política de la Universidad de Toronto. Realizó sus estudios doctorales en las universidades de Oxford y París. Ha trabajado especialmente en los problemas relacionados con la política exterior del Canadá y con la posición soviética frente a los países en desarrollo.

Ha publicado numerosos artículos en revistas académicas y la prensa. Es autor de *L'Analyse Soviétique des Problèmes indiens du sous-développement* y *The Changing Face of Communism*, y editor de *An Independent Foreign Policy for Canada?*

El enigma del Canadá contemporáneo es por qué una sociedad técnicamente tan desarrollada, con un nivel de vida tan alto —aunque tan dominada en su economía y cultura por un poder extranjero— no ha producido ni una clase capitalista nacional ni una intelligentsia nacional que tengan el poder económico y la dirección intelectual para conducir al país a la independencia. Según la lógica marxista y los precedentes históricos, un país semicolonial tan rápidamente desarrollado como Canadá, debiera haber producido su propia burguesía empresarial con un estrato de intelectuales, con el objeto de crear la justificación ideológica necesaria para la liberación nacional. En realidad, si Canadá consigue arrancarse de las arenas movedizas de la integración con la economía norteamericana, será enfrentando a su clase empresarial y no por causa de ella; a pesar de su propia comunidad académica y no gracias a ella.

Este capítulo ofrece una explicación de por qué fracasaron los estudiantes, profesores y escritores canadienses en proveer un liderazgo intelectual frente al principal problema externo del país: su relación con los Estados Unidos. El asunto puede resumirse en forma muy simple. Canadá, una nación transplantada con una economía de sucursal no ha tenido una intelligentsia nacional en el sentido en que puede hablarse de ella en la mayoría de los países latinoamericanos, sino que ha tenido una estructura académica im-

plantada desde afuera, profesionalmente incapaz de responder a los problemas de dependencia de la nación. Una comprensión del contexto histórico de la sociedad transplantada y del ambiente intelectual de las instituciones académicas es esencial para captar el papel —o más bien la falta de misión— de los intelectuales canadienses en la formación de políticas y actitudes frente a los Estados Unidos.

LA NACIÓN TRANSPLANTADA

El estudio de la relación del Canadá con los Estados Unidos pertenece más al ámbito de la patología política que al de la ciencia política.

Encerrado en un síndrome de dependencia del que nunca se ha desprendido, el país demuestra una anormalidad única entre el resto de los estados mundiales. Esto repercute en la posición internacionalista de su política exterior, que no tiene relación con su dependencia unilateral frente a los Estados Unidos. El país también silencia a los críticos de esta situación, no simplemente con el cargo de ser nacionalistas sino con la más grave acusación de ser antiamericanos, por tener la desfachatez de cuestionar la sabiduría del poder imperial del cual se supone que manan todas las bendiciones.

La raíz del problema es que Canadá no es una nación estado como los otros. Ciertamente no es una sola nación de acuerdo con ninguna definición cultural ni lingüística. Es incierto el hecho de que vaya a seguir siendo un solo estado. Consideremos sus enormes desventajas como país, nación y estado. Como país, Canadá tiene una pequeña población de 22 millones distribuida escuálidamente a través de un vasto territorio nortino que abarca zonas que cubren regiones con niveles de desarrollos económicos y sociales muy variados, todos los cuales están unidos en una federación política indefinida. Como nación, se ha dicho en forma frívola pero no equivocada que un tercio de su pueblo, los habitantes de Quebec, se hicieron canadienses por fuerza de las armas; el segundo tercio, los WASPS —sigla comúnmente usada para designar a los blancos, anglosajones y protestantes en América del Norte— vinieron a Canadá sin haber jamás comprendido que habían dejado sus casas en las islas británicas; mientras que los restantes llegaron a ser canadienses por error, habiendo emigrado de Europa en la creencia de que iban a los Estados Unidos. Por último, como estado, las tensiones internas sin resolver entre los francófilos y los anglófilos de Canadá giran alrededor de la legitimidad misma de la estructura federal del estado, mientras que externamente, aun los anglocanadienses de-

muestran una incertidumbre continua acerca de la validez histórica y de la integridad política de su territorio.

Los efectos psicológicos de ser una no-nación transplantada son duraderos. Canadá siempre ha tenido una mentalidad colonial, no sólo en los obvios primeros tiempos, cuando los viajeros y los residentes formaban parte de los imperios francés y británico, sino en el propio siglo xx. Mientras se ha dicho que Canadá pasó del imperio británico al americano sin haber ganado jamás su independencia, esto puede ser mejor puesto en los términos de una maduración lenta de la personalidad canadiense, que transformó su dependencia infantil respecto de Francia e Inglaterra en una atracción adolescente hacia sus más ricos y poderosos primos del sur. Históricamente protegido de la agresión territorial inmediata, primero por la *Pax Britannica* y después por la *Pax Americana*, Canadá nunca ha experimentado una amenaza hacia su integridad política mayor que la abortiva expedición *yankée* durante la revolución americana, hostilidades durante la guerra de 1812 y algunas incursiones realizadas por los terroristas de Fenian en los años 1860¹. Durante toda nuestra existencia, el sentido de los canadienses del peligro internacional ha sido identificado con la amenaza ideológica del fascismo o del comunismo mucho más que con amenazas territoriales directas provenientes de poderes extranjeros específicos, tales como Alemania y la Unión Soviética. Esta posición resguardada ayuda a considerar lo que podemos llamar un complejo de dominación blanca de la aplastante mayoría de los anglocanadienses, el sentimiento de que los canadienses forman parte integral de la comunidad mundial blanca, atlántica y de habla inglesa, que sobrevivirá en la medida en que se mantenga unida en nuestro convulsionado globo.

UNA POLÍTICA EXTERIOR SUCURSALIZADA

La ausencia de un sentido sólido de interés nacional, que es consecuencia de la naturaleza transplantada de la sociedad canadiense, permitió a Canadá el dudoso lujo de una política exterior más internacionalista que las de sus naciones compañeras en el mundo. Fue como si la política externa del país hubiera crecido en un invernadero. En la primera década y media después de la Segunda Guerra Mundial, Canadá jugó un papel internacional muy significativo y poco usual. Al emerger como el cuarto país poderoso en 1945, conscientemente se dedicó a la causa por la cual creyó haber hecho

¹Terroristas irlandeses nacionalistas que operan de bases americanas.

la guerra: la seguridad colectiva. Los representantes canadienses trabajaron duramente para establecer los fundamentos de las Naciones Unidas. Al desarrollarse las tensiones con el bloque soviético, Canadá asumió un papel de liderazgo en el establecimiento de la Organización del Tratado del Atlántico Norte como un instrumento más confiable de defensa colectiva contra la amenaza stalinista hacia el mundo occidental que el que las Naciones Unidas podía haber ofrecido. Canadá se precia de haber contribuido en más de lo que su tamaño exigía, con material y personal de primera calidad en el olvidado trabajo del manejo de esas organizaciones. Además ayudó a iniciar las nuevas modalidades de la paz mundial, la colaboración occidental a través del plan Colombo y la obra de pacificación a través de operaciones supranacionales como la Fuerza de Emergencia de las Naciones Unidas en el cercano Oriente. Fue un golpe para la autoestimación canadiense cuando su posición internacionalista se fue transformando en una presentación cada vez más irreal de los problemas e intereses reales del país.

Expresamente se dijo al público que nuestra política exterior no era "estrechamente nacionalista" sino más bien internacionalista. Estábamos saltándonos una etapa de desarrollo histórico, mostrando al mundo la forma de dejar de lado consideraciones de egoísmo nacional para abrazar el objetivo del siglo veinte de armonía internacional. El mérito de dos décadas de esfuerzos internacionales tuvo algunos resultados psicológicos para Canadá. Los líderes del gobierno y los medios de información no mostraron resistencia para enorgullecerse en la desinteresada rectitud del comportamiento internacional de Canadá, un esfuerzo reconocido por el mundo entero al concedérsele a Lester Pearson el Premio Nobel de la Paz en 1957. La triste verdad, por supuesto, no puede ignorarse eternamente. Mientras la discreta diplomacia de Pearson pudo ser ocasionalmente efectiva, el potencial de Canadá como guardián de la paz internacional se vio severamente limitado. El poder relativo del país había declinado dramáticamente mientras los estados más grandes habían reconstruido sus sociedades destruidas por la guerra.

Un país blanco, de habla inglesa, miembro de una alianza occidental de carácter militar y económico, podía difícilmente ser bien acogido en las asambleas del Tercer Mundo como si fuera un país no alineado. En 1967, el año en que el Canadá inglés descubrió algunos fundamentos para enorgullecerse durante sus celebraciones del Centenario —el mismo año, sin embargo, en que la discordia francocanadiense fue reconocida internacionalmente con el *Vive le Québec libre* del general de Gaulle— Canadá cayó brusca-mente de su estado de inocencia internacional con la expulsión, por parte de Egipto, de las tropas canadienses que guardaban la

paz en Gaza. Las dos décadas de la era de Pearson aparentemente habían dejado como herencia nada más que un castillo de naipes. Comprendimos que no podíamos realizar nuestra misión autoconferida de guardianes de la paz, a no ser que ello resultara conveniente no sólo para los superpoderes sino también para el Tercer Mundo. A pesar de que a los canadienses les gustaba llamarse a sí mismos un "poder medio", cada vez resultaba más claro el hecho de que nunca habíamos sido un poder y que nunca habíamos sido muy buenos para los niveles intermedios.²

En cuanto a la ahora celebrada doctrina de la "diplomacia moderada", aparecía más y más como el ajuar de un emperador desnudo. Esta fue hábilmente concebida como una ideología para nuestros mandarines diplomáticos, tratando de buscar la satisfacción de los intereses canadienses tras las puertas cerradas de las negociaciones diplomáticas y de mejorar el manejo de la influencia canadiense a través de la discreta utilización de nuestro fondo de buena voluntad internacional, construido tan cuidadosamente a lo largo de dos décadas de un esfuerzo persistente lado a lado con nuestros aliados naturales americanos, británicos y europeos. Pero una estrategia cuya justificación oficial basada en la discreción impedía dar pruebas de efectividad (si nuestros diplomáticos nos hubiesen dicho cuán exitosa había sido su gestión, habrían violado el principio de la discreción), era cada vez menos capaz de satisfacer las crecientes dudas que estaban siendo expuestas en forma abierta, acerca de la dirección del desarrollo nacional del país.³

La visión del mundo de Canadá ya no correspondía exactamente a la de los Estados Unidos, como lo había hecho en la primera década de la postguerra, cuando los Estados Unidos eran casi universalmente aceptados como el más gran baluarte del mundo libre contra el comunismo tanto en el Oeste (Corea) como en el Este (Checoslovaquia).

Ya sea a causa de la intervención de los Estados Unidos en República Dominicana o al intento de invasión en Cuba o de la guerra en Vietnam, un creciente número de canadienses no podía seguir aceptando la legitimidad del liderazgo mundial de los Estados Unidos y no veía en qué medida la diplomacia de la discreción había sido efectiva en los años 60 en persuadir a los Estados Unidos para morigerar su temerario militarismo autodestructivo. Mientras

²Ver J. King Gordon, ed., *Canada's Role as a Middle Power* (Toronto: Canadian Institute of International Affairs, 1966) y mi crítica, "Muddled Views on Middle Powermanship", *International Journal*, XXI, Nº 3, verano de 1966, p. 366-70.

³Stephen Clarkson, "The Choice to be made", en *An Independent Foreign Policy for Canada?* (Toronto: Mc Clelland & Stewart, 1968, p. 253-69).

surgían dudas alrededor de los años 60 acerca de la ecuación de lo que era bueno para los Estados Unidos con lo que era bueno para el mundo, los canadienses comenzaron a preguntarse cuán bueno para Canadá era la expansión económica y cultural americana. Gradualmente, los Estados Unidos habían dejado de ser el principal sostén psicológico de Canadá para transformarse en su principal problema. Orientada como estaba hacia las relaciones internacionales más allá de los océanos y basada en la presunción de una total identidad de intereses entre los Estados Unidos y Canadá, la diplomacia canadiense no tenía ningún análisis de los emergentes problemas americanos, excepto para negar su existencia.

LA LÓGICA DE UNA ECONOMÍA DE SUCURSAL

La realidad es que los Estados Unidos dominan cada faceta de la existencia de Canadá. Incluso al nivel más simple de las relaciones comerciales, el hecho de que las tres cuartas partes de las importaciones y exportaciones de Canadá se realizan con los Estados Unidos indica cuán dependiente es la economía canadiense de la norteamericana, aun en el caso de no haber otros factores agravantes. Pero estos existen. Más de la mitad de la economía canadiense está bajo el control directo de intereses estadounidenses a través de sucursales de corporaciones multinacionales⁴. La abundante cantidad de inversión norteamericana directa en Canadá —tan grande como toda la inversión norteamericana en Gran Bretaña y Europa combinados— significa que sectores industriales completos están controlados por corporaciones norteamericanas. Ya que, de todos los grandes estados, los Estados Unidos es el más propenso a usar las sucursales de sus corporaciones internacionales como instrumentos para cumplir sus objetivos económicos externos e internacionales, Canadá se ha transformado en un país altamente vulnerable a las políticas norteamericanas. Durante los últimos quince años, Washington ha establecido directivas que primero fueron voluntarias y luego obligatorias, y por último regulaciones que exigían de las compañías norteamericanas una disminución del flujo de inversiones en el extranjero, un aumento del retorno de las utilidades y la restricción de sus importaciones o la expansión de sus exportaciones. Puesto que las infracciones a estos reglamentos por parte de las sucursales canadienses acarrearán sanciones directas a la compañía matriz norteamericana, tal ejercicio de poder político anula cualquier racio-

⁴La naturaleza de la economía derivada ha sido recientemente documentada en Kari Levitt, *Silent Surrender: The Multinational Corporation in Canada* (Toronto, Mac Millan de Canadá, 1970).

nalidad económica que pueda existir en un mercado sin restricciones. La aplicación extraterritorial de la ley americana a las subsidiarias de corporaciones norteamericanas que operan en el extranjero tiene consecuencias posteriores. La política económica norteamericana formulada en tales áreas, como regulaciones antimonopólicas para un mercado de 200 millones de habitantes, es aplicada sin tomar en cuenta la soberanía canadiense a una economía de 22 millones, con el resultado de que fusiones de empresas deseables en términos canadienses han sido declaradas ilegales por la Corte Suprema de los Estados Unidos. Una legislación destinada a prevenir a las compañías norteamericanas de comerciar con los enemigos de los Estados Unidos, es aplicada a sucursales de esas firmas, de modo que a pesar de la política canadiense de apertura en materia de comercio con los países comunistas, la Ford de Canadá tiene prohibido exportar camiones a China. En todos los campos, el coloso americano tiene una presencia dominante en Canadá. El 95 por ciento de todas las patentes expedidas en Canadá pertenecen a intereses americanos. Ya que la tecnología es una fuente de utilidades y una expresión de poderío industrial, las múltiples licencias, regalías, patentes y convenios sobre franquicias que ligan las actividades económicas de Canadá a las operaciones de control norteamericanas, se agregan a esto hasta llegar a un situación de dominación tecnológica casi total. La lista de factores no necesita ser expandida, ya que todos están de acuerdo, desde el espectro político de la izquierda al de la derecha, en que el impacto norteamericano en Canadá es mayor que en el del resto del mundo tomado en su conjunto. Dado el consenso general de que un grado de penetración tan alto anuncia la muerte de Canadá como estado independiente, uno no puede explicarse cómo los académicos, estudiantes y escritores no han formado desde largo tiempo la vanguardia de una cruzada nacionalista. La pregunta puede ser respondida tanto en los términos del clima intelectual del país como en los términos de sus estructuras intelectuales.

A primera vista parece poco razonable reprochar a los medios intelectuales por haber reflejado fielmente el clima de opinión del país. Canadá no habría expandido tan rápidamente su economía sucursalizada si los canadienses no hubieran aceptado con entusiasmo una ideología de crecimiento acelerado, rápida explotación de sus recursos naturales y desarrollo por el desarrollo, sin considerar quiénes eran los beneficiarios de esa expansión. ¿Qué problema podía crear el alto grado de control norteamericano si los canadienses compartían todos los valores norteamericanos sobre la defensa del mundo libre y daban la bienvenida a la cultura del Time Square?

El problema fue percibido sólo cuando emergió el choque de

valores acerca de la política norteamericana en Asia, cuando creció la preocupación por la vida urbana degradante de los Estados Unidos, y cuando los costos de explotación por parte de capital extranjero comenzaron a vislumbrarse como mayores que sus beneficios. A pesar del cambio que ha experimentado el clima intelectual, siempre permanece la pregunta de por qué el estrato intelectual canadiense jugó un papel tan contradictorio, marginal y tardío en el reciente despertar nacional.

LA SUCURSALIZACIÓN DE LOS ACADÉMICOS

Canadá parecería tener todos los atributos necesarios para poseer una *intelligentsia* nacional definida como un estrato sociopolítico. Los autores canadienses producen una gran cantidad de libros, hay numerosas universidades a lo largo del país con personal académico abundante y una población estudiantil de alrededor de 375.000. Un observador externo podría haber esperado que el funcionamiento natural de la comunidad académica, considerada como un subsistema nacional, hubiera producido una ideología nacional más claramente orientada. Un examen más estrecho de estos grupos revela por qué ellos no han actuado en la forma que se pudiera haber esperado.

En la que hasta hace poco fue una sociedad pionera, cuya cultura era poco más que la que proveían las ondas de la *Canadian Broadcasting Corporation*, ha sido muy difícil para el escritor en potencia ganar su sustento diario sólo con la pluma. Las realidades del mercado cultural han coincidido con los horizontes intelectuales que los escritores de origen canadiense habían establecido. Del grupo de canadienses que se dedican por completo a escribir, pocos han triunfado sin haberlo hecho en el mercado norteamericano, vendiendo historias al *New Yorker*, habiendo sido sus manuscritos elegidos como el Libro del Mes o escribiendo por encargo de editoriales norteamericanas. Mientras algunos son secretamente nacionalistas e incluso pueden haberlo manifestado así en las páginas de la revista *Maclean* o en publicaciones ocasionales tales como *The New Romans*⁵, que pudo tener un éxito escandaloso en Nueva York, otros han gozado de su éxito canadiense como expatriados cuya afición principal ha sido la de denunciar el parroquialismo de su propia cultura. Consiguientemente, los escritores canadienses como grupo profesional no han llegado a ser la conciencia de la nación en una forma semejante a la de los poetas en Rusia.

⁵Al Purdy, ed., *The New Romans* (Edmonton: M. H. Hurting, 1968).

A pesar de que el cuerpo estudiantil es grande y puede identificarse como grupo según criterios sociológicos, tiene importancia secundaria como grupo nacional o político. Los esfuerzos para crear una organización política estudiantil de alcance nacional han fracasado por razones de dificultades geográficas y de segmentación ideológica. Las energías de la minoría políticamente activa han sido captadas por cuerpos paragubernamentales, establecidos para canalizar el activismo estudiantil hacia el campo de la asistencia técnica en el exterior (*Canadian University Students Overseas*) o hacia la acción social a nivel local (*Company of Young Canadians*). Más recientemente, programas que ofrecen trabajos creativos a corto plazo (*Opportunities for Youth*) han fortalecido lo que ha llegado a ser una tradición entre los estudiantes canadienses: la falta de participación de los estudiantes en los problemas nacionales. Incluso entre aquellos pocos que están conscientes y preocupados por la supervivencia nacional, hay tres factores de debilidad. Gran parte de la preocupación acerca de la amenaza americana es en sí misma una importación inspirada por la extensa inmigración ilegal de jóvenes que escapan a la conscripción, que compromete a los estudiantes de Canadá en la política americana más que en la canadiense⁶. Como resultado de esto, muchas actitudes de los estudiantes están americanizadas hasta el punto de ser irrelevantes a la cultura política de Canadá⁷. Lo que queda de la preocupación nacionalista en sí misma es un rompimiento irreconciliable entre los liberales con una plataforma de canadización moderada y los socialistas, que se ven a sí mismos luchando tanto contra el capitalismo canadiense cuanto contra el imperialismo norteamericano. Aun estos radicales han resultado ser poco más que un destello en el conglomerado político. Lo que pareció en 1969 ser el principio de una revolución en favor del autogobierno, al estilo de la de París, no es ahora más que el mal recuerdo de algunos *sit-ins*, algunas confrontaciones y la destrucción de una computadora Luddite.

Lo que puede ser cierto para escritores y estudiantes no es ciertamente aplicable al cuerpo académico del país. Financiados tanto en sus salarios como en sus proyectos de investigación del bolsillo del público, teniendo la seguridad de la inmovilidad como la primera señal de porvenir académico, ¿no es en la comunidad académica canadiense donde uno puede encontrar el alma intelectual e ideológica de la nación? La respuesta a esta pregunta es NO.

⁶Dalton Comp. "United We Fall" en John Redekop, ed., *The Star Spangled Beaver* (Toronto: Peter Martin Associates, 1971), p. 223-33.

⁷James Laxer, "The Americanization of the Canadian Student Movement" en Jan Lumsden, ed., *Close the 49th Parallel, etc. The Americanization of Canada* (Toronto: University of Toronto Press, 1970), p. 275-86.

Porque la comunidad académica tiene sólo una débil base en la nación, estando compuesta en gran parte por injertos hechos desde el extranjero. La rápida expansión de la universidad canadiense en la postguerra se logró doblando en veinticinco años el número de *campus* universitarios a lo largo del país, triplicando el número de instituciones preuniversitarias y cuadruplicando el número de estudiantes. Por lo tanto, no sólo se necesitó contratar muchos profesores sino también importar departamentos enteros. Coincidiendo con un período de sobreproducción de graduados estadounidenses y la consiguiente saturación del mercado académico, era natural que los americanos fluyeran hacia el norte a estas nuevas universidades, así como también por causa de atractivas exenciones de impuestos ofrecidas a profesores visitantes y porque los programas de expansión de las carreras para graduados no eran todavía capaces de satisfacer la demanda. No sólo fueron invadidas las nuevas universidades. Las universidades ya establecidas, que habían sido parcialmente vaciadas de sus talentos jóvenes para proveer el núcleo administrativo de este auge universitario, estaban muy complacidas de expandir la lista de sus profesores con nombres norteamericanos de cierto status internacional. Solamente una minoría del 38 por ciento de los profesores de ciencias sociales de tiempo completo en la Universidad de Toronto, la más grande de Canadá, son ciudadanos canadienses. Al mismo tiempo una mayoría —54 por ciento— hicieron sus estudios avanzados en los Estados Unidos.

La Universidad canadiense ha sido tradicionalmente apolítica. Modelada en la tradición británica, que da prioridad a los estudios humanísticos, inspirada en el ideal del erudito objetivo alejado de la sociedad, ha enviado conscientemente a sus mejores graduados al extranjero para ser iniciados en las normas profesionales de Oxford o Cambridge, Harvard o Princeton. Sólo el 28 por ciento de los profesores de ciencias sociales en la Universidad de Ontario recibieron sus grados en Canadá. Aquellos que retornaron a la universidad canadiense, fácilmente se integraron en una profesión cuyos niveles estaban basados en diálogos esotéricos con sus hermandades internacionales y no en la comunicación pública con la comunidad nacional. Sin una prensa intelectual ampliamente distribuida, había pocos órganos a través de los cuales el profesor preocupado por los asuntos políticos relacionados con la supervivencia nacional podía comunicarse con los grupos nacionales. Aquellos intelectuales que eran lo suficientemente no conformistas como para escribir sobre temas de política nacional, lo hicieron en detrimento de sus carreras académicas. Puesto que sus campos de preocupación no permitían esperar la acumulación del tipo de datos en los cuales la ciencia social americana ponía tanto énfasis, su trabajo no podía

ser publicado en las revistas académicas más citadas, en las cuales los profesores tienen que publicar si no quieren sucumbir. Los libros destinados al público en general y que no están basados en premisas aceptables más allá de las fronteras canadienses no han sido considerados profesionalmente aceptables por los jurados académicos.⁸

Mientras su condicionamiento militaba contra cualquier compromiso académico activo dirigido a la formación de actitudes y políticas acerca de las relaciones de los Estados Unidos y Canadá, la universidad sucursalizada de Canadá inclusive falló en desarrollar una teoría académica en lo que constituye una de las áreas potencialmente más interesantes de investigación intelectual. La falta de cursos en ciencias sociales sobre las relaciones canadienses norteamericanas es una prueba evidente de esta negligencia académica, una condición que puede ser explicada mejor como un círculo vicioso compuesto de cuatro causas.

1. No es posible dar cursos sobre el impacto de los Estados Unidos en Canadá si no existe una literatura seria acerca del problema. Al menos dentro del concepto de enseñanza comúnmente aceptado—impartir un cuerpo dado de conocimientos a los estudiantes—no es mucho lo que se puede enseñar si es muy poco el material existente en las diversas ciencias sociales que pesan directamente en la relación con los Estados Unidos.

2. No se puede esperar encontrar material literario sustancial si no existen los medios académicos adecuados para producir la investigación necesaria. Una rápida revisión de las orientaciones conceptuales y de las prioridades de investigaciones de las principales ciencias sociales demuestra que la naturaleza de la nominación norteamericana en la sociedad canadiense no está considerada como un campo viable de investigación. La psicología experimental no ha tenido nada que decir acerca del fenómeno general de la americanización, como tampoco del impacto de la cultura norteamericana en las normas personales de conducta o de cómo el contenido de las necesidades individuales de los canadienses para lograr una identidad nacional se ve rebajado por los símbolos norteamericanos. Al nivel de pequeño grupo, los sociólogos se han desentendido igualmente del problema de la supervivencia canadiense. Los estudios de los lingüistas han estado más preocupados con su integración o no integración en el mosaico de habla inglesa que con su contexto continental. El impacto de las normas educativas norteamericanas sobre los *curricula* y la pedagogía en las aulas canadien-

⁸Una revisión académica del importante examen de Kari Levitt's sobre la economía sucursalizada de Canadá, *Silent Surrender*, ataca el trabajo como inadecuado porque no está "fundado en una aproximación de un caso intensivo de estudio" y lo descarta como que tiene sólo "significancia política en Canadá".

ses han sido comprensiblemente ignoradas, puesto que la investigación educativa está conducida en aplastante mayoría por americanos con doctorados en educación.

Aun en las disciplinas vinculadas con problemas de dimensión nacional, la relación canadiense norteamericana ha sido tradicionalmente evitada como tema por derecho propio, principalmente por la forma en que los economistas y científicos políticos han definido los límites de sus propias disciplinas. Las armas analíticas de los economistas liberales suprimen el factor político. Los flujos de capital, ventajas comparativas o maximización del bienestar social son nociones basadas en un modelo de libre mercado que sólo a regañadientes acepta la realidad de la nación-estado. Los economistas estarán felices de discutir si el pacto automotriz aumentará la eficiencia del trabajo o del capital, pero rehusarán terminantemente ser seducidos para considerar las implicaciones en términos de poder de una fusión industrial entre las economías de los dos países. Por su parte, los científicos políticos han resultado ser igualmente reacios para hacerse cargo de un problema que cae en un campo intermedio entre el de ellos y el de los economistas. El rol político de la sucursal canadiense de una corporación americana multinacional, e incluso los diferentes niveles empleados por los políticos, burócratas y empresarios norteamericanos para cumplir con sus objetivos económicos en Canadá, son tierras vírgenes para el estudioso de la política canadiense. Incluso en el contexto de los estrechos márgenes de lo que se considera como el legítimo dominio de la ciencia política, las relaciones canadienses norteamericanas nunca han sido objeto de cuidadosa atención. Mientras estas relaciones pertenecen claramente a la subdisciplina de los estudios internacionales, no ha habido un análisis de esta asimetría entre dos naciones desde el punto de vista de la política exterior, que pueda igualar en calidad a los estudios de los historiadores canadienses sobre las relaciones entre los dos países en el pasado. A pesar de que se puede argumentar que la interpenetración de los dos sistemas políticos es demasiado intensa para ser analizada dentro de los marcos convencionales de la política exterior, los estudiosos de la política comparada han sido igualmente renuentes para concederle mucha atención.

Tenemos especialistas y publicaciones sobre la política parlamentaria canadiense y sobre la política congresional norteamericana, pero ellos también han dejado las relaciones canadienses norteamericanas fuera de su campo de interés.

En esas nuevas áreas de interés intelectual, que son multidisciplinarias en su enfoque y que intentan trascender los límites de las ínsulas académicas tradicionales, no ha habido una mayor pro-

pensión ni capacidad para comprender el problema canadiense norteamericano. Los seguidores de las teorías sobre la comunicación no han tenido la capacidad para desarrollar conceptos o hipótesis capaces de estimular la investigación y, de este modo, generar respuestas a las reiteradas preguntas que se formula el Canadá acerca de su supervivencia cultural en una red continental de comunicaciones.

3. No han sido creadas las herramientas intelectuales adecuadas porque no ha existido el deseo de forjarlas. El resultado del continentalismo de la comunidad académica canadiense ha sido la falta de énfasis y la negligencia con que se ha enfrentado la dominación norteamericana o la dependencia canadiense. Como las élites coloniales han sido educadas para mirar primero a Francia, luego a Gran Bretaña y por último a los Estados Unidos en lo que respecta a sus estudios de postgrado no es sorprendente que las universidades canadienses hayan sido una fuerza importante en el retraso con que el país ha reconocido su prolongada colonización. Si las normas profesionales y los estímulos académicos para los científicos sociales canadienses son establecidas por las escuelas norteamericanas para graduados, y si las reglas básicas del mercado académico están hechas de manera que los profesores norteamericanos son favorecidos por exenciones tributarias cuando en su camino a Harvard o Berkeley hacen un rodeo pasando un corto período en universidades canadienses, resulta menos sorprendente el hecho de que haya existido una resistencia general por parte de los profesores universitarios para calificar las relaciones con los Estados Unidos como un problema para el Canadá.

4. El círculo de causas que se autoperpetúan se completa por la falta de cursos que presentan los *curricula* de la universidad acerca de este problema.

Si el problema del Canadá y los Estados Unidos no ocupa un lugar en el calendario de estudios, no existirá ninguna presión para realizar publicaciones, no habrá necesidad de desarrollar nuevas herramientas de análisis y no se planteará el problema del compromiso ideológico de la profesión académica.

Un examen del papel de la universidad en la formulación de políticas en las diversas áreas en que la dependencia respecto de los Estados Unidos es más seria, indica que el esfuerzo mayor ha sido hecho a través del personal para académico y de la actividad extracurricular desarrollada por el personal académico que rechaza esos modelos intelectuales importados.

EL PAPEL DE LOS PROFESORES EN LA FORMULACIÓN DE POLÍTICAS

Al analizar el rol de los intelectuales en la formación de las actitudes y políticas canadienses hacia los Estados Unidos es necesario hacer una distinción entre el impacto continental de los Estados Unidos en Canadá, por una parte, y el espectáculo de la política interna o de la política exterior norteamericana por la otra.

La política norteamericana, ya se refiera a los disturbios en las ciudades o la despoblación de Vietnam por parte del Pentágono, es vista por Canadá como la ve cualquier otro país del mundo, con la intensidad añadida por la televisión norteamericana y por las noticias radiales que son transmitidas directamente al hogar de muchas familias canadienses. La política norteamericana es a la vez más visible y más remota que el impacto directo de los Estados Unidos en Canadá a través de la integración continental, que hasta ahora ha eludido la preocupación de los gobernantes al igual que la de los académicos.

En efecto, junto a los factores que determinan la falta de cursos sobre el desarrollo de las relaciones canadiense-norteamericanas, están los círculos viciosos que han impedido la formación de políticas gubernamentales frente a estas relaciones. La incapacidad de los políticos para enfrentar el mayor problema externo del Canadá es principalmente el resultado de la falta de información, la que habría hecho visible este problema. La ausencia de información ha sido la consecuencia de fuentes de datos inadecuados seleccionados por instituciones tales como el *Dominium Bureau of Statistics*. El fracaso para desarrollar adecuadas agencias recolectoras de datos es en sí mismo el resultado del bajo nivel de interés de la opinión pública sobre el problema. La escasa prioridad pública para cuestionar la relación con los Estados Unidos está, por último, directamente relacionada con la inhabilidad de los políticos y partidos para articular el problema.

POLÍTICA EXTERIOR

La participación de los canadienses en la formulación de su política exterior no tiene comparación con el caso norteamericano, donde los académicos y los políticos entran y salen del Departamento de Estado como consultores, asesores y embajadores. En Canadá, donde el Departamento de Asuntos Exteriores ha gozado de un virtual monopolio, conjuntamente con el ministro a cargo de la

formulación y coordinación de la política exterior, no ha existido tal tradición de compromiso de las élites, completamente alejadas de la participación pública en los asuntos exteriores⁹. Modelado explícitamente en el mandarinato del servicio exterior británico y desembarazado de una comunidad vocal de expertos en relaciones internacionales, el establecimiento diplomático canadiense era virtualmente libre de seguir sus inclinaciones internacionalistas, bajo la conveniente cobertura de una diplomacia moderada. La única gran asociación voluntaria con intereses foráneos serios, el *Canadian Institute of International Affairs* (CIIA), no estaba estructurado ni facultado para desafiar esta orientación diplomática. Originalmente fundado para aumentar el interés del público culto en materias internacionales, el CIIA ha expandido sus actividades con el objeto de conseguir algún apoyo para investigaciones en temas de política exterior. Sin embargo, con fondos provenientes de la Fundación Ford y con una autoridad final radicada en un consejo directivo con sólidas credenciales en el mundo de los negocios, existía poco peligro de que la acometida del CIIA hubiera sido capaz de desafiar la política pasiva de Canadá hacia los Estados Unidos. James Eayrs, experto en relaciones internacionales, es el profeta solitario del problema de la política exterior hacia Estados Unidos en las universidades canadienses. Su impacto no se debió tanto a su papel como académico sino a su desusado trabajo como publicista, que lo convirtió en el primer intelectual de izquierda que obtuvo un status importante en la prensa y en los medios de comunicación como crítico de la política exterior.¹⁰

El hecho de que la presión intelectual para el cambio tuviera que venir de fuera de la Universidad, puede ser ilustrado por un grupo para académico con base en Toronto, la Liga Universitaria para Reformas Sociales (ULSR). Establecida como un grupo de jóvenes académicos de diferentes disciplinas, que compartían una preocupación común por problemas de la política y una impaciencia respecto de la lejanía de la Universidad frente a los problemas sociales, el ULSR comenzó a operar a mediados de 1960 como una sociedad de ensayos, uniendo algunas docenas de colegas para discutir trabajos sobre temas seleccionados y para publicar los resultados con el fin de informar a los canadienses en general.

No fue un accidente que el tema elegido para ser discutido a continuación de un programa sobre nacionalismo en Canadá¹¹ fuera

⁹Franklyn Griffiths, "Opening Up the Policy Process", en Stephen Clarkson, ed., *An Independent Foreign Policy for Canada?* (Toronto: Mc Clelland & Stewart, 1968), p. 110-18.

¹⁰James Eayrs, *Minutes of the Sixties*.

¹¹Peter Russell, ed., *Nationalism in Canada* (Toronto: Mc Graw-Hill, 1969).

la política exterior canadiense. A lo largo de un año se organizaron series de conferencias y seminarios (subsidiados, debe reconocerse por el CIIA), que reunieron a académicos interesados en relaciones internacionales con diplomáticos canadienses seleccionados, para discutir el amplio espectro de la política exterior canadiense. La publicación resultante *An Independent Foreign Policy for Canada?* planteó, como su título lo indica, el tema de la independencia, poniendo la política exterior del Canadá en el marco de la relación de dependencia del país con los Estados Unidos.¹² Publicado fortuitamente durante la campaña electoral del Partido Liberal para la sucesión del Primer Ministro Lester Pearson, el libro produjo tanto interés público como levantadas de cejas diplomáticas por sus ataques a la mística de la diplomacia moderada en nombre de una mayor participación pública en la formulación de la política exterior del Canadá y de una posición más crítica frente a la política exterior norteamericana.

Habiendo sufrido una presión intelectual considerable durante su campaña, fue natural que Pierre Trudeau, en su primera conferencia de prensa, destacara la política exterior como un área que necesitaba una revisión fundamental. A continuación de una campaña exitosa librada bajo el slogan de "democracia participatoria" el público podría haber sido disculpado por esperar que la prometida revisión de la política exterior hubiera sido amplia y profunda. Esto no iba a ser así. El Departamento de Asuntos Exteriores tuvo la responsabilidad de efectuar esta revisión, convirtiéndose así en juez en el juicio sobre sus propias actividades. El CIIA fue el encargado de organizar la participación de la comunidad académica en este proceso sobre bases selectivas.

Como resultado, *Foreign Policy for Canadians* es tan contemporáneo en estilo, con sus seis folletos coloridos y de fácil lectura, como es de tradicional en su contenido¹³. El tono internacionalista queda establecido en la primera sección: "Los Canadienses como Internacionalistas". La preocupación por el rol de Canadá en el mundo se puede apreciar en el formato que adoptó la revisión: un folleto introductorio seguido de folletos separados, dedicados a Europa, América Latina, el Pacífico, las Naciones Unidas y el desarrollo internacional. No hay, sin embargo, un volumen sobre la política exterior de Canadá hacia la potencia dominante cuyo impacto en Canadá es mayor que el de todos los países combinados:

¹²Stephen Clarkson, ed., *An Independent Foreign Policy for Canada?* (Toronto: Mc Clelland & Stewart, 1968).

¹³*Foreign Policy for Canadians* (Ottawa: Queen's Printer, 1970) "Foreign Policy for Canadians", 42 p., "Europa", 30 p., "Latin America", 32 p., "Pacific", 25 p., "United Nations", 35 p., "International Development", 21 p.

los Estados Unidos. Se le menciona, por supuesto, e incluso se le han dedicado subsecciones de dos páginas de largo, una sobre el "Impacto americano en la economía de Canadá y otros Desarrollos Económicos", en el volumen introductorio, y otra sobre "Creciente Preocupación sobre la Influencia Norteamericana" en el volumen sobre Europa. Pero, el hecho de que la política norteamericana pueda ser relegada a referencias ocasionales sembradas a través del texto es una indicación de cuán exitosamente los llamados nacionalistas de la comunidad académica fueron excluidos del proceso de formulación de políticas frente a los Estados Unidos.

POLÍTICA MILITAR

Por razones funcionales y políticas, la política militar ha estado separada de la política exterior en la discusión pública de Canadá. Con un departamento, ministerio y presupuesto separados, la política de defensa es operacionalmente diferente de la de los asuntos exteriores. Puesto que los grupos militares de poder alcanzan a gran número de canadienses a través del reclutamiento de tropa, el establecimiento de bases y los contratos de producción para fines de defensa, las políticas defensivas han tenido una especial prominencia para el público. Los programas del Ministro de Defensa Paul Hellyer para integrar a las tres ramas de las fuerzas armadas en un servicio defensivo unificado, han proporcionado un tópico importante al público canadiense a través de un período de varios años. Más significativo para nuestros propósitos es el debate sobre el rol de Canadá en la NATO y la NORAD, que atrajo considerable atención a mediados de 1960, cuando se aproximaba la expiración del plazo para la renovación decenal del Tratado del Atlántico Norte. No obstante que el tema general era el rol de Canadá en las alianzas militares, lo que sobresale del debate es el grado en el cual las discusiones sobre la NATO predominaron sobre las de la NORAD. Parecía como si la calidad e intensidad de las discusiones aumentaran en proporción directa a la distancia del debate con respecto al tema principal, la dependencia frente a la maquinaria militar norteamericana. Tanto expertos como políticos encontraban más fácil discutir la amenaza comunista en el Mediterráneo o la capacidad armamentista de Europa, antes que enfrentar las implicaciones de la participación canadiense en el sistema militar de los Estados Unidos. En las audiencias de los comités parlamentarios sobre Asuntos Exteriores y Defensa Nacional, los miembros del parlamento solicitaban con frecuencia opiniones de testigos acerca de si los Estados Unidos se vengaría en el caso que Canadá

redujese su compromiso con la NATO o llevara a cabo una desnuclearización de sus fuerzas en Norteamérica. El papel del público en la formulación de la política militar canadiense quedó revelada por el hecho de que el tratado de la NORAD fue silenciosamente renovado en los días finales del gobierno de Pearson, sin ningún debate, cuando el Parlamento no estaba en funciones. También lo es el hecho de que el gobierno de Canadá aparentemente no formuló protestas serias en Washington concernientes a la instalación del sistema de cohetes antibalísticos. Contrastando agudamente con lo anterior, la prolongación del antiguo compromiso simbólico de Canadá con la NATO en términos de tropas fue objeto de extensas audiencias públicas.

La publicación de algunos artículos críticos de los intelectuales en la prensa sirvieron para subrayar el éxito con que la comunidad académica había sido excluida de esta decisión. El desempeño del gobierno ha sido consistente a este respecto, habiendo elaborado el "Libro Blanco" sobre la defensa nacional con un propósito aún más débil de interesar al público que el "Libro Blanco" sobre política exterior¹⁴. Es difícil determinar si el mayor énfasis en Canadá que se advierte en documento, que asigna prioridad militar a la salvaguardia de la soberanía nacional, refleja la creciente preocupación pública por la supervivencia nacional o simplemente el deseo burocrático de cortar el ropaje defensivo de Canadá de acuerdo con sus posibilidades presupuestarias.

CONTROL DE LA INVERSIÓN EXTRANJERA

Lo que es cierto, sin embargo, es que el creciente debate público sobre el tema del control económico norteamericano ha chocado con las políticas del gobierno, a pesar de su obvia resistencia para abordar tan delicado problema. Aunque este tema cae dentro de la competencia específica de los economistas, lo que resulta notable a lo largo del decenio o más durante el cual el debate sobre el "nacionalismo económico" ha tenido prioridad, es el pequeño rol jugado por la comunidad académica. El asunto del control extranjero fue transformado de hecho en un tema público, no por los economistas académicos, ni siquiera por un intelectual. Más bien fue una figura pública, Walter Gordon, el que expuso abiertamente a la opinión pública la cuestión de la independencia canadiense, primero en su calidad de decano de la "Comisión Real sobre las Perspectivas de la Economía Canadiense" y al ser designado

¹⁴*Defense in the 70s* (Ottawa: Queen's Printer, 1971).

luego ministro del gobierno liberal. Ciertamente algunos académicos comenzaron a jugar un papel una vez que el liderazgo fue creado. Un artículo importante escrito para la Liga Universitaria de Reformas Sociales por Stephen Hymer proporcionó la base teórica para la segunda comisión en que iba a actuar Gordon, el grupo de trabajo sobre el control extranjero y la estructura de la industria canadiense.¹⁵

Fue este equipo de trabajo financiado por el gobierno el que dedicó las primeras partidas importantes de recursos para investigación a generar la información concerniente al alcance e implicaciones de la economía satelizada de Canadá. Un grupo de ocho economistas, bajo la dirección del Profesor Melville Watkins, promovió la investigación y pasó un año preparando los documentos que luego fueron conocidos como el Informe Watkins¹⁶. Sólo tres de esos ocho economistas, los profesores E. A. Safarian, Stephen Hymer y Bernard Bonin, fueron incorporados al grupo de trabajo porque su labor académica precedente los había hecho expertos en el área específica de las corporaciones multinacionales, el resto había desarrollado, o bien un interés extracurricular en el problema del control norteamericano, o bien fueron designados por su reputación general de economistas competentes. Con la publicación del Informe Watkins terminó el compromiso formal de la comunidad académica en la discusión del problema de la penetración extranjera. Sería difícil recordar cuántas veces un economista o un científico político se refirió al problema de la penetración extranjera en los años que mediaron. Incluso si se reuniera la totalidad de los artículos escritos por académicos para la prensa diaria se tendría sólo una medida aproximada de la producción intelectual durante el período, pero no diría qué parte del pensamiento académico estaba siendo escuchado por el gobierno. Como parece no haber habido cambios importantes de principio en las recomendaciones básicas del Informe Watkins, el problema de determinar el rol de la comunidad académica se redujo a analizar la influencia que ésta haya podido ejercer para la implementación de las recomendaciones.

El siguiente hecho importante en la lenta marcha hacia una política de control extranjero fueron las audiencias de 1969-70 del comité permanente sobre Asuntos Exteriores y Defensa Nacional de la Cámara de Representantes. Bajo la dirección del representan-

¹⁵Stephen Hymer, "Direct Foreign Investment and the National Economic Interest" en Peter Ressel, ed., *Nationalism in Canada* (Toronto: Mc Graw-Hill, 1966), p. 191-202.

¹⁶*Foreign Investment and the Structure of Canadian Industry* (Ottawa: Privy Council Office, 1968).

te Jan Wahn el comité decidió pasar un año completo deliberando acerca del problema de la política canadiense-norteamericana. Aquí nuevamente la iniciativa provino del sistema político, otra vez los académicos jugaron el papel de asesores del programa y de testigos en el comité. Aquí otra vez un estudio serio, moderado, fue entregado al público e ignorado por el gobierno.¹⁷

Entretanto, incluso los partidos políticos estaban mostrando que tenían menos resistencias para ingresar en la discusión. Ellos también invitaron a académicos para presentar sus ideas; ellos también disponían de académicos actuando como organizadores políticos¹⁸. En cada caso, los partidos se inclinaron a adoptar una posición nacionalista más franca que la que muchos economistas académicos hubieran aceptado.

El desarrollo más importante a este respecto fue la radicalización de Melville Watkins, quien, a los diecisiete meses de la publicación de su informe, había conducido una fuerte facción dentro del Nuevo Partido Democrático (NDP) a la adopción explícita de una plataforma socialista como el único medio de conseguir la independencia. Un número considerable de académicos adhirió al nuevo movimiento de Watkins, *Waffle*, ayudando a precipitar una confrontación ideológica con el liderazgo del NDP sobre el tema posición nacionalista más franca que la que muchos economistas se desarrolló a través de la acción política, fuera de su área profesional de competencia.

Al tiempo de este trabajo (invierno de 1972) el país está todavía esperando que el gobierno exponga su política relativa al control de la inversión extranjera. Un tercer estudio del problema, hecho para el gabinete federal por el Hon. Herb Gray, Ministro de Impuestos, ha puesto al día las recomendaciones del Informe Watkins. Lo que resulta importante acerca del Informe Gray no es tanto el hecho de que parte de él se haya filtrado¹⁹ sino el gran secreto en el cual el informe fue preparado y escrito. Si bien algunos académicos fueron consultados en privado, el compromiso académico en este proceso de formulación de políticas no puede ser calificado más que de insuficiente.

¹⁷*Eleventh Report of the Standing Committee on External Affairs and National Defense Respecting Canada-U.S. Relations* (Ottawa: Queen's Printer, 1970).

¹⁸Alan Linden, profesor en la *Osgoode Hall Law School for the Liberal Party*, Desmond Morton, profesor de historia en la Universidad de Toronto por el *New Democratic Party* y Tom Symons, Presidente de Trent University por el *Progressive Conservative Party*, eran todos nacionalistas moderados. Ninguno de ellos era economista.

¹⁹Extractos del informe filtrado fueron publicados como "A Citizen's Guide" to the Herb Gray Report, Domestic Control of the *National Economic Environment*", *The Canadian Forum*, vol. LI, Nº 611, Diciembre, 1971.

LA UNIVERSIDAD Y LA CULTURA

En la aguda lucha para mantener los programas canadienses de radio y televisión, desarrollar la industria filmica y el teatro canadienses y aun preservar la industria del libro, la comunidad académica ha permanecido generalmente silenciosa. La Comisión Canadiense de Radio y Televisión es la que ha formulado políticas de largo alcance, fijando cuotas obligatorias para asegurar un contenido canadiense en todas las categorías de los programas de radio y televisión. Esto ya ha resultado ser decisivo para el fomento de una vigorosa industria de música popular. Lo que nos interesa aquí es que esta política fue hecha principalmente por la iniciativa del director de la comisión, Pierre Juneau. La investigación académica no aportó nada significativo en esta área.

Ya fuesen normas para el cine o el teatro, el ballet o la publicación de libros, es posible decir que la iniciativa y el apoyo dado a instituciones y programas para fomentar la cultura canadiense han provenido de funcionarios civiles, políticos, publicistas y de los mismos artistas, en vez de surgir de la universidad.

En la formación de actitudes frente a la americanización del campus canadiense, un grupo de profesores con fuerte apoyo en los estudiantes radicales, puede atribuirse el crédito de haber expuesto el tema en una forma que no podía pasar inadvertida²⁰. En cuanto a concretar una política para ocuparse de este asunto, estos profesores han tenido poco éxito, principalmente porque la educación está bajo una jurisdicción provincial y las provincias son más reacias aún que el gobierno federal para establecer una política sobre americanización por miedo de reducir el flujo de capitales para el desarrollo. Sin embargo, la creciente sensibilidad del público ha hecho que el proceso de americanización de la universidad se torne cada vez más incómodo por el hecho de continuar sin ser desafiado. Mientras es poco probable que los gobernantes conservadores de las universidades o las autoridades provinciales quieran aceptar la cuota de un 85 % de ciudadanos canadienses, que ha sido implantada por el Comité para obtener un Canadá independiente, los comités de investigación formados por el cuerpo de profesores están agudamente conscientes de la necesidad de contratar canadienses cuando éstos tengan las calificaciones y la disponibilidad necesarias.

Aunque esta revisión indica cuán secundaria ha sido la con-

²⁰Robin Mathews y James Steele, ed., *The Struggle for Canadian Universities* (Toronto: New Press, 1970).

tribución de la comunidad académica del país para el desarrollo de las principales áreas de políticas que pueden afectar las relaciones canadiense-norteamericanas, no se debe sacar la conclusión de que no existe un potencial para la participación académica en el futuro. Las respuestas para el Libro Blanco sobre política exterior provenientes de los académicos han sido tan hostiles, que el Departamento de Asuntos Exteriores ha dado la máxima prioridad a la formulación de una política norteamericana para Canadá. Esto indica que puede ser más importante observar el rol de la comunidad académica en la formación de las actitudes canadienses en materias políticas que determinar su participación específica en la formulación de la política misma.

CÓMO ENRAIZAR LA INTELLECTUALIDAD CANADIENSE

Ocurre con otros injertos como con los de las bailarinas go-go que tienen quirúrgicamente fortificados sus equipos mamarios y en ocasiones descubren, para su turbación, que éstos no necesariamente quedan firmemente adheridos en el cuerpo humano. Los órganos transplantados pueden ser rechazados por el cuerpo que los recibe o bien llegar a ser parte integrante del mismo. No está claro todavía si los trasplantes de académicos canadienses graduados fuera del Canadá o de extranjeros que vienen ya totalmente formados puedan llegar a ser parte integral del cuerpo político canadiense. Hay muchos signos que indican que los académicos del país están realmente esforzándose para volver a plantarse en el suelo nacional. Una nueva generación de profesores está siendo promovida a posiciones de autoridad como directores de departamentos. Este creciente grupo ya no está avergonzado de promover investigaciones acerca de problemas canadienses, al contrario, sus líderes están inclinado a dar prioridad al desarrollo de una genuina ciencia política nacional. Durante el año pasado, los expertos en relaciones internacionales descubrieron la problemática canadiense-norteamericana como un tema que requiere de un pensamiento original y de más investigación²¹. En los Estados Unidos, algunos institutos de investigación, como el Centro de Estudios Canadienses, en la Universidad de John Hopkins, han concentrado su atención en las relaciones de ambos países. A pesar de que la izquierda canadiense sospecha que este instituto tiene predilecciones continentalistas, tales organizaciones con aportes de fundaciones y credenciales aceptadas en los círcu-

²¹El seminario interuniversitario de relaciones internacionales para 1971-72 consistió en tres reuniones sobre teoría de la integración, relaciones transnacionales y, específicamente, la relación canadiense-americana.

los oficiales, pueden permitir a esos grupos desarrollar investigaciones empíricas que están más allá de los medios de los estudiosos al norte de la frontera.

El esfuerzo que ha ido creciendo durante la década pasada para concebir políticas alternativas diseñadas para trastocar la integración del Canadá en la política imperial norteamericana, en la red militar norteamericana, en la economía multinacional norteamericana y en el pantano cultural norteamericano, puede ser presentado como una guerra civil intelectual sostenida contra las fuerzas internas proclives al continentalismo existentes en el país, en torno al futuro de Canadá. Esta lucha no ha sido contra los Estados Unidos, ni siquiera antiamericana, sino que ha estado dirigida contra el gobierno liberal y los grupos económicos dominantes para la liquidación del control extranjero sobre el país. La radicalización de parte de la comunidad académica está simbolizada por las publicaciones del movimiento izquierdista Liga Universitaria para Reformas Sociales; en 1970 el volumen que da respuesta a la pregunta planteada en 1968: *An Independent Foreign Policy for Canada? Close the 49th Parallel*²². En este volumen sólo se consideraban posibles las soluciones socialistas para cambiar el rumbo de la americanización del Canadá. El corolario de este nuevo nacionalismo radical concerniente al problema externo planteado por la penetración norteamericana, es el apoyo para las aspiraciones independientes de los nacionalistas de Quebec, que luchan por la liberación de su propia gente respecto de la dominación anglocanadiense.

Sería prematuro evaluar la extensión de esta polarización dentro de la comunidad académica. El número de académicos preocupados por estos problemas permanece aún muy reducido. El nuevo radicalismo encuentra un apoyo más decidido de parte del cuerpo estudiantil que de la comunidad académica. Esto significa que no haya habido intelectuales interesados en educar a la opinión pública, sólo quiere decir que ellos no tienen su base en el campus universitario. Los verdaderos educadores de la opinión canadiense son los publicistas que controlan o tienen acceso a los medios de comunicación de masas. Beland Honterick, editor del *Toronto Star*, Peter Newman, editor de *Maclean's Magazine*, Abraham Rostein, editor del *Canadian Forum*, Cy Gonick, editor de *Canadian Dimension*, Mel Hurting y David Godfrey, editores de libros, Pierre Berton, periodista de televisión y escritor, los organizadores anónimos de programas de asuntos públicos en radio y televisión, éstos son los líderes de opinión que realmente han estado formando la conciencia

²²Jan Lumsden, ed., *Close the 49th Parallel, etc. The Americanization of Canada* (Toronto: University of Toronto Press, 1970).

nacional del público canadiense. Junto a unos pocos profesores y políticos activos, estos hombres y mujeres han tenido más que decir a la nación sobre su rumbo y sus problemas que todos los académicos en sus torres de marfil. Ya sea que se trate de la fundación de nuevas organizaciones no partidistas como el Comité para un Canadá Independiente, en la creación de nuevas casas editoras independientes o en la reorientación de los medios de comunicación, es hacia los esfuerzos de estos publicistas y de sus seguidores donde uno debe mirar para encontrar el nacimiento de una genuina intelligentsia nacional.

A pesar de que se puede detectar un cambio en las normas profesionales de los cientistas sociales de Canadá, concernientes a sus investigaciones, publicaciones y clases, y aunque se puede sentir en la creciente confianza en sí misma que muestra esta nueva generación de intelectuales que el país ha cruzado una barrera psicológica, sería ilusorio dar mucho peso al desarrollo de los escritores, estudiantes y profesores canadienses. Para el análisis final, la reorientación de Canadá desde su actual senda continentalista hacia un camino independiente, dependerá de la dirección federal y provincial que reciba este movimiento. Una intelligentsia reintegrada debe ser capaz de generar una voluntad nacional de supervivencia. Esto no será suficiente sin la voluntad política para articular e implementar una estrategia nacional de desarrollo independiente para Canadá.

TABLA I

ENROLAMIENTO EN LAS ESCUELAS DE GRADUADOS DE CANADÁ

1921	407
1946	3,135
1969	36,604

TABLA II

ENROLAMIENTO DE ESTUDIANTES DE TIEMPO COMPLETO

	<i>Artes, Ciencia y Comercio</i>	<i>Escuelas Profesionales</i>	<i>Total</i>
1921	9,444	12,790	22,234
1926	13,944	10,462	24,406
1931	17,711	13,609	31,320
1936	18,557	13,750	32,635
1941	18,824	15,669	34,493
1946	34,421	27,108	61,529
1969	140,387	103,586	243,973

TABLA III

NÚMERO DE UNIVERSIDADES E INSTITUCIONES PREUNIVERSITARIAS ESTABLECIDAS
EN CANADÁ

<i>Nuevas Universidades</i>		<i>Total de Instituciones Preuniversitarias</i>	
1802-1899	18	1860-1960	6
1900-1939	9	1958-59	49
1940-1949	4	1971	151
1950-1959	9		
1960-1969	16		

TABLA IV

REGISTRO TOTAL EN LA UNIVERSIDAD

	<i>Población de Canadá en miles</i>	<i>Registro total en la Universidad</i>	<i>Nº de estudiantes por 100.000 habit.</i>
1921 ¹	8,788	22,607	257
1926	9,451	25,283	268
1931	10,376	43,143	415
1936	10,950	46,606	426
1941	11,507	48,379	420
1946	12,307	92,441	751
1969 ²	21,061	374,194	1,777

¹1921-1946 cifras de *Higher Education in Canada, 1944-46*, Dominion Bureau of Statistics, Ottawa, Queen's Printer.

²1969 cifras de *Survey of Higher Education*, Dominion Bureau of Statistics, 81-204, Ottawa, Queen's Printer.

TABLE V

1970-71 FUENTES DE FACULTATIVOS DE TIEMPO COMPLETO POR CIUDADANÍA Y DISCIPLINAS
EN LAS UNIVERSIDADES DE ONTARIO¹

	Total de profesores con tiempo completo en la universidad		1971 ciudadanía		País del primer grado académico		País de último grado académico	
	Nº	%	Nº	%	Nº	%	Nº	%
			CAN		US		CAN	
			Nº	%	Nº	%	Nº	%
			US		CAN		US	
			Nº	%	Nº	%	Nº	%
Brock	170		99	33	92	36	63	64
Carleton	498		302	69	256	77	182	172
Guelph	662		430	64	408	75	272	233
Lakehead	241		126	31	123	46	113	63
Laurentian	217		118	17	106	22	98	45
McMaster	572		288	100	256	106	154	211
Ottawa								
Queen's	764		498	70	419	89	260	253
Toronto	1,953		1,007	52	1,005	52	707	36
Trent	163		100	14	83	18	61	30
Waterloo	693		387	115	327	130	236	254
Western	1,082		706	191	637	212	471	406
Windsor	455		231	93	197	126	128	199
York	612		318	164	285	186	196	287
Total	8,082		4,610	57	4,104	52	2,941	36
								2,844
								35

¹Instrucciones al Comité de asuntos Universitarios, Gobierno de Ontario, de la Universidad de Toronto, 1971.

TABLA VI

CIENCIAS SOCIALES Y TEMAS RELACIONADOS

Total en grupo	1971 ciudadanía				País del 1º grado académico				País del último grado académico				
	CAN		US		CAN		US		CAN		US		
	Nº	%	Nº	%	Nº	%	Nº	%	Nº	%	Nº	%	
Broct	49	63.2	10	20.4	28	57.1	12	24.6	15	30.7	25	51.0	
Carleton	159	102	31	91	47	53	17	29	29	36	78	36	
Guelph	102	50	16	26	28	28	18	18	31	18	18	18	
Lakehead	71	27	13	27	27	49	49	49	24	78	78	78	
Laurentian	76	31	10	47	47	47	47	47	47	47	47	47	
M'Master	123	56	45	45	45	45	45	45	45	45	45	45	
Ottawa													
Queen's													
Toronto	364	137	38	68	19	181	50	103	28	94	26	196	54
Trent	61	38	7	37	37	8	8	8	30	13	13	13	
Waterloo	148	66	49	62	62	54	54	54	36	85	85	85	
Western	361	208	95	208	208	117	109	109	117	196	196	196	
Windsor	182	69	42	46	46	54	54	54	26	82	82	82	
York	276	150	67	130	130	82	82	82	75	157	157	157	
Total	1.972	965	49%	453	23%	925	47%	555	28	558	28	989	50.2